

lizadas en las veladas bufas organizadas por los estudiantes en las fiestas primaverales de la época. Las ponían en boca de nuevas ricas en los *sainetes*, en diálogos y monólogos.

De tanto ridiculizarlas, quedaron en el olvido como quedaron en el olvido los latinazgos, asimismo muy utilizados en sesudos artículos.

Todas estas modas pasaron, pero nos hemos quedado con la *impasse*, dicha y escrita a cada paso. ¿No es mejor decir atolladero o dificultad? Nos hemos puesto más "gringos" que antes.

*Nos zaherimos.* El desconocimiento de nuestro idioma —efectivo o intencionado— ha llegado al extremo de zaherirnos. Así, por ejemplo, suele escribir un redactor político: comunismo criollo, socialismo criollo, política criolla; y hasta en deportes: fútbol criollo, futbolistas criollos. No se dice nacional o chileno, y se guarda bien de hablar de criollismo cuando se trata de otros partidos políticos. Si no se desea vituperar a los partidos ya mencionados y a sus militantes, sino que es ésta una manera de señalar la calidad de nacional o chileno, ¿por qué no se habla también de gobierno criollo?

El criollismo murió con la independencia de las naciones de la América española. Era una manera de señalar a los españoles nacidos en estas tierras recién descubiertas y en plena colonización con objeto de diferenciarlos de los auténticos. Fue, en cierto modo, un tratamiento despectivo, como lo fuera aún peor, mestizo y mulato.

Muchos organismos estatales y establecimientos escolares le vienen dando desde hace tiempo especial importancia al folklore, sin duda con el bien intencionado propósito de mantener la "chilenidad". Pero se ha descuidado el lenguaje.

¿Es una invasión? Una nación puede ser invadida por las armas, por el comercio y por diversos otros modos, de acuerdo con las tácticas modernas. Faltaba la invasión por medio del lenguaje. Y ya la tenemos. La porfía de extranjerizar a cada instante incluye el peligro de matar nuestro idioma madre, pues co-

rremos el riesgo de acostumbrarnos a esas otras voces en lo hablado y en lo escrito. La multitud de voces extranjeras puede incrustarse en nuestro lenguaje. Ya hemos dejado de ser chilenos en algunos de nuestros hábitos.

Podemos perder la costumbre de mencionar por su verdadero nombre español los objetos y las cosas o por la lengua aborígen, sea ella quechua, aimará o mapuche, cuyas palabras ya comunes están aceptadas por la Real Academia de la Lengua Española, como ser: choclo, poncho, chicha y el agregado de los nombres propios de nuestra fauna y flora.

Desde hace años, los municipios de las distintas comunas que forman el Gran Santiago tomaron la costumbre de plantar árboles extranjeros en las avenidas, calles y paseos públicos, con desprecio irritante de nuestra abundante y hermosa flora nativa. Pero hay calles con nombres de árboles chilenos, como aromos, maitenes, alerces, laureles y otros, sin que en ellas se vea ni un árbol de tales especies.

La invasión se ha introducido por medio del lenguaje con nombres ingleses de cosas, objetos, prendas de vestir y alimentos. Faltan sólo las ideas. Hasta en los nombres de pila, especialmente de las mujeres, abundan las Katherine, las Nancy, las Janet, las Ingrid, las Vivian y las Elizabeth. En las frutas, desde hace años se expenden manzanas Newton, Jonathan, Yellow, Winter y Dranhy Smith; y las naranjas tienen el nombre de Thompson y Hoover.

Está de más decir que tanto las naranjas como las manzanas nos llegaron de España. Y los españoles encontraron manzanos silvestres en el sur del país.

En la enseñanza particular no pueden faltar los *college* o *school*. Algunos diarios han abierto secciones bajo el título de *Top Secret*. Si un libro ha merecido la aceptación del público, es un *best seller*. Los espectáculos de variedades se llaman *show*. Y en nuestras casas desapareció el salón o la sala de estar. Es el *living*.

La amenaza es a todas luces evidente. ¿Decadencia de la vieja chispa chilena?

## LA FANTASIA CREADORA

*Todos debemos tomar algo y aprender, tanto de los que nos precedieron como de los que están con nosotros. El más grande de los genios no llegaría lejos si pretendiera debérselo todo a lo íntimo y propio. No lo entienden así algunos buenos señores y se pasan media vida*

*tanteando en las tinieblas con sus sueños de lo original.*

*Claro que debo hablar de mí y decir, humildemente, lo que siento. Es verdad que en mi larga vida algo he hecho y sacado adelante y que de ello podría vanagloriarme, ciertamente. Pero si hemos de hablar con probidad y ser sinceros, lo que he tenido verdaderamente*

*(Pasa a la pág. 89)*